

—Espero verlos reunidos en Leganés.
Al mismo tiempo exclamó Luis mirando su reloj y dejando el asiento:

—[Las doce, y me esperan á almorzar en casa de Lhardyl...

Solas quedaron madre é hija, procurando ésta convencer á aquella, y explicándola la noble conducta de la duquesa; la madre, haciendo caso omiso de las palabras y sollozos de la jóven, preocupada con aquel rasgo del conde, que no sabia cómo calificar.

CAPÍTULO IX.

UN DIA APROVECHADO.

—Yo, que acostumbro á ver la sábia mano de la Providencia en cuanto bueno me sucede, no dudo un momento de que allí me guió para hacerme oír las palabras de Lola, despues de haber visto sus obras, pues era necesario esto para que yo pudiese creer en tan inesperado cambio: decia el conde del Redil á la duquesa de Clarendon, que estaba bordando en compañía de su nodriza.

—Porque usted suele juzgar á la humanidad mucho peor de lo que es.

—Y suelo engañarme poco.

—Pues por esta vez, amigo, el engaño

ha sido grande y el triunfo completamente mio.

—Usted no puede dejar de triunfar siempre, pues emplea armas contra las cuales no hay defensa posible.

—Este es otro error, conde; mis armas, como usted las llama, son la persuasion, cuando comprendo que la persona á quien me dirijo es fácil de persuadir, y en esto no está el mérito en mí, sino en ella. Usted formó de Lola una opinion equivocada; yo profundicé más su corazon y anduve más certera en mi juicio; corazon que verdaderamente ama, no puede ser malo; el amor puro y desinteresado es un destello del mismo Dios, que embellece nuestras almas haciéndolas susceptibles de todo lo bueno. Dirá usted que toda criatura ama, es verdad; mas no del mismo modo, y lo que me atreví á esperar de Lola, no esperaria por cierto de sus hermanos... pero dejemos esto, conde. ¿Qué hizo usted al oír aquella violenta escena?

—Francamente, duquesa, creí inopor-

tuna mi visita en aquel momento, y evité que me anunciaran; mas para dar una prueba á Lola de que mi alma estaba de acuerdo con la suya, y confundir al mismo tiempo á su familia, saqué de mi cartera algunos billetes de banco y se los remití juntos con una esquelita que escribí en la misma antesala, en la que pedia que repartiera aquella cantidad entre los pobres por su mano y en mi nombre.

—¿Y esperó usted el resultado?

—No, por cierto; hice prometer al lacayo no hacer mencion de mi visita, y salí apresuradamente por temor á un compromiso. Yo esperaba que usted habria hablado á Lola y se dignaria decirme lo que resultó de aquella escena.

—Lo ignoro, conde; en el almuerzo la he visto con visibles señales de haber llorado, mas ni una palabra cruzamos las dos. La conversacion general ha sido, como de costumbre, una serie no interrumpida de tonterías en las que he fijado poca atencion.

—Ruego á usted encarecidamente, prosiguió el conde levantándose, que si el paso que dí merece alguna inculpacion por parte de Lola, se digne usted disculparme en atencion al buen deseo de que fué acompañado.

—¿Y por qué no se disculpa usted mismo?

—Entre Lola y yo no puede haber mas que una explicacion, pero decisiva.

—¡Incrédulo!! . . .

—No, duquesa, prudente. Creo que Lola es la mujer que conviene á mi corazon; pero . . . no estará de más que lo crea dos veces.

Sonrió bondadosamente la duquesa, y el conde hizo ademan de retirarse, mas detúvole aquella con estas palabras:

—Espero no olvidará usted mi recomendacion.

—Voy á firmar el nombramiento y dentro de media hora lo tendrá usted en su poder.

—Por el que doy á usted anticipadamente las más expresivas gracias.

Saludó el del Redil y salió de la estancia tropezando en la puerta con la jóven Dori, que se dirigió á su ama diciéndola:

—Esta caja para vuecencia.

—¿De parte de quién?

—Del señor de Velasco.

—¡Oh!! exclamó Adriana ahogando un grito que partia de su alma. Y levantándose precipitadamente, tomó la caja de manos de la jóven inglesa, abrióla y vió que contenia un ejemplar del libro *El Mundo á vista de pájaro*, elegantemente impreso y cuya encuadernacion era de concha orillada de oro, brillando en el centro de su cubierta las iniciales de la duquesa. Al lado del libro habia un papel doblado en forma de carta, que leído con avidez por Adriana, vió que decia:

«Aunque de ningun valor el libro, es el esfuerzo de mi oscura inteligencia, y el grito de mi pobre corazon en él encerrados, lo que me atrevo á ofrecer á usted. ¿Me cabrá la honra de que sean admitidos? . . . ¡Oh, señoral es usted incapaz de

causar el daño que su negativa me produciría. Acéptelo usted, pues, segura de hacer una obra de caridad á su más respetuoso admirador Q. B. S. P.

ENRIQUE.»

Después de leer dos ó tres veces tan sentido escrito, penetró en su dormitorio y escribió rápidamente:

«Gracias, Enrique, por tan inestimable joya: doy á usted las gracias con todo mi corazón; su afectísima,

ADRIANA.»

Seguidamente agitó el cordón de una campanilla y entregó el billete á Dori. Una vez fuera ésta del aposento, y libre ya de testigos, releyó el papel que acompañaba la obra, estampando en él una ardiente lágrima y un tiernísimo beso, luego hojeó el libro. En la primera página, antes de la Introducción, había escrito «A Ella;» seguían algunos renglones de puntos suspensivos y luego: «El Autor.» Sonrió Adriana á tal lectura exclamando:

—¡A Ella! . . . ¡Oh, qué elocuente es esa dedicatorial! . . . ¡A Ella, á mí! . . . ¿Qué me dirá en esos renglones en blanco? . . . querrá expresar lo que su alma siente y no le es posible. . . ¡por eso quiere que yo lo adivine! ¡Ay Enriquel! ¿Cómo adivinar todo el amor que puede encerrar tu corazón? . . . ¿Puede acaso apreciarse el agua que contiene un manantial?

Murmurando estas últimas palabras sorprendióla Ana, que entró en el dormitorio, diciendo:

—Hija mía, acaba de llegar don Fernando y pide que tengais la bondad de recibirle cuanto antes.

—¿Qué dices, Ana, don Fernando aquí.

—Así es la verdad.

—¿Cómo puede ser eso? . . . ¿Ha venido solo?

—Lo ignoro: al oír anunciarle, he salido á su encuentro no ménos sorprendida que vos y me ha suplicado os dijera que le dispenseis el honor de recibirle.

—¡Oh, Ana querida, hoy debe ser un

gran día para mí.... Pronto, introduce á don Fernando en el salon, que voy allá al momento.

Salió la nodriza; Adriana cerró cuidadosamente el estuche que encerraba el libro; guardó en su secreter la carta, no sin besarla ántes y dirigióse al salon donde esperaba el recién llegado.

—Fernando, ¿cómo aquí tan pronto? exclamó la duquesa, indicándole un asiento y tomándolo ella en el sofá.

—Ha sido preciso adelantar dos días nuestro viaje, señora duquesa, pues era tal la impaciencia de ese caballero, que llegó á inspirarme temor....

—¿De modo que ha venido con usted?

—Creí de este modo complacer á la señora duquesa.

—¡Y tanto, Fernando, no sabe usted el servicio que con esto me ha prestado!.... ¿Dónde está?

—He hecho que descansara en mi aposento mientras venia á presentarme á vuecencia.

—Y bien, usted que tantos años poseyó la confianza de mi padre, que hoy posee por entero la mia, no me engañará. ¿En qué estado de ánimo juzga usted á Ortiz?

—En el del Hijo Pródigo al llamar á la casa paterna.

—¡Ah!.... ¿será cierto, Dios mio?.... exclamó Adriana juntando las manos y levantando los ojos al cielo, reflejándose en ellos todo el placer que su corazón sentia.

—Su deseo de venirse conmigo sin esperar su completo restablecimiento, cuando no el hecho mismo de haber venido, lo indican bastante.

—¡Es verdad! es verdad!.... ¡Oh, Fernando, cuán agradecida le quedo por este servicio!

—Señora....

—¡No sabe usted el bien que de él se original!.... mas luego con calma, me explicará usted todos los detalles, ahora sírvase usted introducir á Ortiz, pues debe serle enojosa mi tardanza en recibirle. Al mismo tiempo dispénseme usted el obsequio

de hacer que se retirén los criados que haya en la antesala.

Inclinóse respetuosamente el administrador y salió del aposento.

—Ana, exclamó alegre la duquesa, no me he equivocado; hoy es para mí un gran día; devuelvo el esposo á la esposa; el padre á la hija, y á la sociedad honrada y virtuosa el sér que de ella se alejara. ¡Oh, gracias, Dios mio! Cuán feliz me siento al considerar toda la felicidad de ellos!

¡Pobre hija mia! Vos vivís de los goces ajenos sin pensar jamas en los vuestros.

Selló nuestra heroina con un beso los labios de su nodriza, murmurando casi á su oído:

—Calla, de mí se ocupará mi Divino Padre mejor que yo misma. Ahora me parece prudente que te retires á mi cuarto por evitarle á Ortiz la pena de encontrarse con testigos.

—Teneis razon.

Retirada Ana al dormitorio de la duquesa, por estar pronta si la necesitaba, no tar-

dó en presentarse el hombre tan esperado, tan llorado y tan querido, á quien sin duda deseaban conocer nuestros lectores. Era de estatura alta, algo enjuto de carnes, debido sin duda á las muchas vicisitudes que sufriera; su rostro pálido y demacrado hacia destacar más su negra y lustrosa barba, á la par que su rizado pelo, sobre cuya despejada frente caian algunas sortijillas. Sus ojos azules, de mirada lánguida é interesante, presentaban singular contraste con su color tostado y el aire varonil que se desprendia de toda su figura; acabando de darle cierto fantástico aspecto su traje raído y no muy en armonía con la moda reinante. Penetró en el salon con desembarazo: mas al hallarse frente á Adriana, detúvose súbitamente, como si algun genio misterioso le hubiese clavado en la alfombra, interponiéndose entre él y ella, entré el vicio y la virtud.

—¡Ortiz! . . . balbuceó la duquesa, tendiéndole la mano.

Inclinóse aquel profundamente, mas sin

corresponder á la amistosa accion de Adriana, la que continuó:

—¿Ha olvidado usted á su amiga, ó es que no quiere usted reconocerme por tal?

—Estrecharé esa mano cuando sea digno de estrecharla, señora, que no pueden enlazarse la luz y las tinieblas.

—Suplico á usted que corramos un velo á lo pasado; el presente y el porvenir deben de hoy más ocupar á usted, y de ellos solo debemos hablar ahora.

—¡Oh! no, quiero hablar de lo pasado, se lo ruego á usted. . . . ante cuya presencia me siento humillado y confuso, como podria en la presencia de Dios; á usted, á quien me atreví á aborrecer en mi delirio, como aborrece el espíritu del abismo al Supremo Bien, á la Divina Luz que la aniquila.

—¡Por Dios, amigo!...

—Tiene usted razon; todo esto á nada conduce; con la expiacion se alcanza el perdón de las culpas, ya que no se consigue borrarlas; expiémoslas, pues.

—Harto expiadas las tiene usted!... mas dejemos esto, se lo suplico; ¿no me pregunta usted por...?

—¿Mis víctimas?... ¡Oh! ¡no me atrevo á nombrarlas!... Su recuerdo hace afluir toda la sangre á mi corazon, que parece querer estallar dentro de mi pecho, murmuró el desgraciado chispeándole los ojos.

—¡Ortiz! prosiguió la duquesa; es usted esposo y padre!...

—¡Oh, no!

—Sí, lo es usted, y las faltas que como tal haya podido cometer, está usted aún á tiempo de repararlas; la esposa y la hija necesitan ahora como nunca del esposo y del padre; cumpla usted desde hoy con tan santos deberes, y borrará el bien presente el mal pasado.

—¿Puede acaso olvidar la víctima á su verdugo?

—Cuando ésta es la buena, la amante esposa, que palpitante el corazon y arrasados en lágrimas los ojos los levanta al Supremo Juez, implorando misericordia

para el pobre extraviado á quien va unida su suerte, y él, el esposo que conociendo sus errores y arrepentido de ellos se arroja en los brazos de aquella, no es necesario gran esfuerzo para olvidar, pues se olvida aun sin quererlo.

— ¡Oh, sí!.... á haber tenido una esposa como yo, no habria para mí expiación posible; hoy su virtud es mi remordimiento.... sí, la mano de Dios en todo; Él ha querido que yo deba la vida, y con ella la felicidad y el perdon de mis extravíos, á la única mujer que he aborrecido.

— ¿Es posible, Ortiz?.... ¿En qué he sido acreedora á su aborrecimiento?

— En procurar el bien de aquella á quien yo debia hacer la más desgraciada de las criaturas, en querer interponerse en el camino de mis crímenes. Intentaba usted evitar tan funesto enlace para la pobre mártir, y mi corazón depravado la aborrecia á usted, por lo mismo que habia usted profundizado en él..... ¡Perdon, señora! El sér más grande y perfecto tiene quien

le aborrece, el mismo Dios no carece de enemigos.

— Sin embargo, doime por satisfecha si todos los míos son como usted, Ortiz; como usted, cuya presencia inunda de gozo mi corazón. ¡Oh, si usted supiera con el anhelo que es esperado! ¡Si viera usted á aquella esposa contar minuto por minuto las horas que van trascurriendo, invocando siempre la que ha de devolverle á su idolatrado Ricardo! ¡Si viera usted aquella tierna niña doblar sus rodillas y juntar sus manecitas ante la imagen del Crucificado pidiéndole el pronto y feliz regreso de su querido papá!....

— ¡Por piedad, Adriana, que me está usted taladrando el alma! exclamó Ortiz sin poder ocultar dos gruesas lágrimas que se desprendian de sus pupilas.

Hubo un momento de pausa con el cual quiso Adriana dar tiempo á su amigo para reponerse de su emocion, y luego prosiguió aquel:

— Era preciso que algun ángel velara

por mí para que tanta misericordia usara Dios conmigo.

—La misericordia de Dios alcanza á todas las criaturas.

—Yo era indigno de ella, créalo usted, Adriana. Si no temiera lastimar sus castos oídos, le contaría todos los pormenores de mi vida, desde que cual otro Lucifer me rebelé contra Dios, faltando á mis más sagrados deberes, hollando sacrílegamente todas las virtudes. Le referiré, sin embargo, cómo fuí á parar en el miserable hospital del que su benéfica mano me ha sacado.

—Vuelvo á rogar á usted que olvidemos lo sucedido, ya

—No, buena amiga; permita que le dé una rápida ojeada desde el dintel de mi felicidad y haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, prosiguió. No crea usted que le vaya á contar mi historia durante este tiempo, no tendría usted valor para escucharla. La pobre mártir, á quien no me creo digno de nombrar, ya habrá á us-

ted dicho del modo que cometí la más vil de las infamias, el crimen más infame, al que las leyes humanas no castigan, porque son leyes dictadas por los hombres, injustas y egoistas como ellos mismos. El genio del mal que en figura de mujer me arrastraba consigo, arrojóme en aquel tenebroso caos llamado Paris, donde se hace almoneda vil de todas las virtudes, de los más sagrados deberes; mi vida allá era una bacanal continua Perdon, Adriana; mas es fuerza que sucintamente le exponga todo lo infame y asqueroso de mi pasada conducta, para que mejor pueda usted comprender cuánto la debo.

—No es necesario; yo en cambio deberé á usted la felicidad de mi amiga, y estaremos compensados.

—Cumplo que mi relato debe serle á usted repugnante; así, no deteniéndome en más digresiones, solo diré á usted: que sobre el tapete verde ví desaparecer hasta mi último maravedí, no porque el vicio del juego me dominara, sino porque sien-

dome necesario mucho dinero para hacer frente á mis desvarios, solo el juego podia proporcionármelo. Despues de mi fortuna, digo mal, de la robada á la infeliz criatura á quien di el sér; perdí mi crédito, y como es consiguiente, mi reputacion, que hasta entónces habia dorado con dinero. Abandonáronme desde aquel momento todos mis amigos y amigas, excepto un hombre á quien habia bajamente ofendido, hecho desgraciado, robándole la paz de su hogar, envenenándole el corazon, matándole todas sus ilusiones, el cual vino á pedirme la vida en cambio de tanta ofensa. Poco era en verdad; mas se la cedí gustoso; preferí darla en pago de deudas á quitármela yo mismo.

— ¡Dios mió! ¡Dios mió! ¿Y no pensaba usted en su hija?

— Si alguna vez queria asaltarme tal idea, huia de ella con horror, como huiria el asesino al presentársele delante la sombra de sus ensangrentadas víctimas. Acudí con alegría al sitio donde debia tener

lugar el duelo, porque allí debian acabar para siempre mis sinsabores, pues estaba resuelto á dejarme matar por mi adversario, á cuyo objeto habíale suplicado que fuese sin testigos, y si bien quiso negarse, convenciéronle al fin mis razones, y más que éstas, el interes que por su parte tenia en ocultar el lance. Allí caí, no sé más; lo probable es que me dejara creyéndome muerto, y fuese luego recogido por algun piadoso transeunte. A juzgar por lo que por mí ha pasado, diria que morí realmente, que Dios trasformó mi alma de cieno, dejándome el triste recuerdo de mis infamias, y devolviéome luego al mundo para expiarlas. Resucité, pues, que tal ha sido para mí el abrir los ojos en un hospital, y me encontré rodeado de todos los cuidados que prodiga la familia á un sér querido. Un hombre, hablando mi idioma, velaba á la cabecera de mi cama, llegándome al fondo del corazon su dulce y cariñoso lenguaje; hablóme de mi patria, de usted, Adriana, á cuyo solo nombre sentí

toda la ponzoña del remordimiento; habláme luego.... ¿las nombraré?.... de mi esposa y de mi hija.... ¡Oh, creí volverme loco!!.... Ellas venían á buscarme en un mísero hospital con palabras de ternura y de consuelo, despues de haberlas yo abandonado, robándoles hasta el sustento; precipitándolas en espantoso abismo. ¿Qué más?... recibí su carta de usted, en la que benigna y cariñosamente me ofrecía su mano para levantarme del fango en que yacía, y dentro de aquella, una de mi desventurada hija, pidiéndome mi bendición.... el corazon se me hizo pedazos, y lloré, Adriana, lloré como un niño, y reí como un loco.... Yo, expulsado vergonzosamente de la más disoluta sociedad, sin tener un rincón donde albergarme, era tiernamente llamado al seno de la virtud, me tendía la inocencia su mano llamándome padre.... ¡Pobre hija mía!.... ¡Infeliz Isabell!....

El desventurado no pudo cóntener los sollezos que se escapaban de su oprimido pecho. La duquesa, sin disimular sus lá-

grimas le tendió una mano, que él estrechó entre las suyas, y díjole:

—No más, Ortiz; hora es ya de que se vea usted en los brazos de su esposa, de que reciba usted las primeras caricias de su hija....

—No, Adriana, todavía no.

—¿Por qué?

—Antes quiero con el sudor de mi frente recobrar siquiera lo que les he robado. Yo trabajaré día y noche, aunque sea en el más humilde oficio, para ganar el sustento á mi pobre esposa y á mi tierna hija.

—Y en tanto que usted recobra lo perdido, ¿quiere usted verlas perecer de dolor por tan prolongada ausencia? ¿Cómo, no estrechándole contra su pecho, crearán que usted vive? Y si lo creen, ¿cómo persuadirlas de que usted se acuerde de ellas si no corre á arrojarle en sus brazos?

—¡Oh, Dios mío!

—Todo está previsto, Ortiz; trabajando á su lado mantendrá usted á su familia, pues al presentarse á ella no debía ser con

la desesperacion de no contar con qué sostenerla. Preparado tiene usted un destino; el trabajo es el primer escalon de la fortuna; empiece usted á subirlo.

— ¡Oh, Adriana, mujer incomparable! exclamó Ortiz haciendo accion de arrojarse á sus piés, y que impidió la duquesa; ¿cómo pagar á usted tantos beneficios?

— Siendo todos tan felices como desgraciados han sido.

— ¡Oh! sí... sí.

Levantóse Adriana en direccion á la antesala, y no tardó en volver trayendo en su mano un pliego de papel por el que pasó rápidamente la vista, y entregándolo á Ortiz, díjole:

— Aquí tiene usted el nombramiento de administrador general del conde del Redil; no es destino que pueda halagar su orgullo, mas he creído que su amor propio preferiria ganarse con sus méritos más elevado puesto, á que le colocáran en él los favores de sus amigos.

— Me confunde usted, señora... balbu-

ceó Ortiz tomando el nombramiento con trémula mano.

— Ahora, continuó la joven, no me negará usted la satisfaccion de acompañarle hasta los brazos de su esposa, de mi querida amiga.

— Usted lo quiere.... sea; mas inspíreme usted el valor que á mi corazon le falta.

Agitó la duquesa una campanilla, é inmediatamente presentóse su nodriza.

— Querida Ana, díjole, prepárame un abrigo y te servirás acompañarme hasta casa de Isabel. Y volviéndose á Ortiz, continuó: Es mi nodriza, mi segunda madre, y la discrecion misma. Siento llevar este testigo, mas nunca salgo de casa sin su compañía.

— El hombre que no se avergonzó de tener testigos de sus infamias, ¿puede avergonzarse de tenerlos de su arrepentimiento?

De nuevo apareció Ana con el abrigo que la duquesa la pidiera, la que envolviéndose en él y cubriendo su cabeza con una espesa blonda, dijo á Ortiz:

— Cuando usted guste...

Palideció éste mortalmente sin, al parecer, tener fuerzas para levantarse, lo que visto por la duquesa, acercósele diciendo:

— Valor, amigo mío.

— ¡Oh, Adriana, esto es superior á mis fuerzas.

— Y, sin embargo, si viera usted á lo lejos á la hermosa Isabelita que le llamaba tendiéndole los brazos, como un niño echaría usted á correr hasta alcanzarla.

— Sí, sí, sí... vamos.

CAPÍTULO X.

CONTINUACION DEL ANTERIOR.

Subamos á la guardilla habitada por la amiga de nuestra heroína, y detengámonos un momento ante la escena que se ofrece á nuestra vista. Sentada junto á la ventana estaba la madre del premiado escritor haciendo rodar por sus blancos dedos una fina calceta, mientras sus ojos se fijaban tiernamente en su querido hijo, que colocado en frente de ella, daba algunas lecciones á la pequeña Isabel, la que rodeaba con su brazo izquierdo el cuello del jóven, prestando la mayor atencion á sus palabras. A poca distancia cosía su jóven madre, escuchando embobada á la tierna niña, si bien de vez en cuando tomaba su semblante un aspecto